

LIMA Y SU ENTRAMADO SOCIAL EN LA *GUÍA DEL VIAJERO* DE MANUEL ATANASIO FUENTES (1860)¹

Teodoro Hampe Martínez

La gentil invitación de la Presidenta de la Asociación «Entre Nous» me permite intervenir en este acto de presentación de una nueva e importante contribución de César Coloma Porcari a la historiografía peruana y, en este caso particular, a la historia social, la historia de costumbres, la historia urbana de nuestra Ciudad de los Reyes o Lima. Antecediéndome en el uso de la palabra, don Estuardo Núñez ha hecho una excelente presentación y un cumplido recuerdo de aquellas calles, con sus negocios en manos de extranjeros, que poblaban Lima en épocas no tan antiguas. Yo me voy a referir algo más concretamente al texto de la *Guía del viajero en Lima*, publicada por Manuel Atanasio Fuentes en 1860, tratando de situarla en las coordenadas políticas, ideológicas y sociales de su momento; aunque primero haré una remembranza de los cargos y aportaciones intelectuales que ha logrado nuestro amigo Coloma Porcari.²

Desde hace por lo menos quince años, César Coloma Porcari es una de las figuras más conocidas en los ambientes académicos limeños, donde se ha ganado un lugar principalísimo como investigador de la historia capitalina, como defensor del patrimonio monumental de Lima antigua, al mismo tiempo

¹ Mensaje pronunciado el 1 de junio de 1998, en la Asociación «Entre Nous» de Lima, en el acto de presentación del libro de César Coloma Porcari, editor, *La Ciudad de los Reyes y la «Guía del viajero en Lima» de Manuel Atanasio Fuentes* (Lima: Instituto Latinoamericano de Cultura y Desarrollo, 1998), 546 p.

² Cf. mi entrada biográfica, s.v. «César Coloma Porcari», en *Enciclopedia Biográfica e Histórica del Perú, siglos XIX-XX* (Lima: Editorial Milla Batres, 1994), t. III, p. 160. Véase también *Top People in Peru/¿Quién es quién?*, ed. Jonathan Cavanagh (Lima: Peru Reporting, 1997), p. 200.

que como un eficaz promotor de cultura. Ha desarrollado esta última tarea desde variadas posiciones, primero como Director de Cultura del Concejo Provincial de Lima (1983-1985), luego como Director del Museo de Arte Italiano (1985-1987) y después como Director del Museo Nacional de Historia, en la Magdalena Vieja (1987-1990), cuya propia historia desentrañó con documentos originales de la época del virrey Joaquín de la Pezuela. Ya en tiempos más recientes, lo hemos tenido como Director de la Biblioteca del Museo de la Nación y, desde 1997, en su posición actual de Director General del Centro Nacional de Información Cultural.

Por lo tanto, se trata de una personalidad con muy amplia trayectoria, estrechamente vinculado a todo lo que es promoción de cultura, investigación y trabajo editorial. Así, debemos poner esta contribución de la *Guía del viajero en Lima* básicamente en relación con otras dos obras que Coloma Porcari ha editado en facsímil en años recientes, piezas también relacionadas con estadísticas, con nombres de calles y personajes, con costumbres, con todo lo que es el entramado social de nuestra capital. Me estoy refiriendo a la seria y minuciosa *Estadística de Lima*, que publicó en 1839 José María Córdova y Urrutia (ed. facsimilar, 1992), y a un pintoresco libro titulado *Lima antigua*, que en muestra de cariño a esta ciudad hizo imprimir en 1890 el bibliógrafo francés Carlos Prince (ed. facsimilar, 1992).³ Dentro de este contexto de rescate, de puesta en valor de los documentos y monumentos de la Ciudad de los Reyes, hay que situar la nueva obra que comentamos.

Célebre periodista, abogado y funcionario limeño del siglo XIX, Manuel Atanasio Fuentes (1820-1889) nos brinda con la *Guía del viajero* una perspectiva de primera mano sobre la situación que atravesaba Lima en un momento de auge, cuando se disfrutaba la bonanza de la masiva exportación guanera. Como se recuerda bien, el aprovechamiento del guano como fertilizante—extraído sobre todo en las islas de Chincha—permitió a mediados

³ Las referencias exactas de las ediciones originales son estas: José María Córdova y Urrutia, *Estadística histórica, geográfica, industrial y comercial de los pueblos que componen las provincias del departamento de Lima* (Lima: Imp. de Félix Moreno, 1839), 179 + 142 p.; Carlos Prince, *Lima antigua* (Lima: Imp. del Universo, 1890), 38 + 41 + 42 p.

del siglo pasado consolidar las finanzas de la naciente República del Perú, saldar la deuda interna y externa y emprender una serie de reformas tecnológicas y administrativas, que poco a poco iban despegando al país de la herencia que aún se vivía entonces de los tiempos del Virreinato. Es por ello que 1860 resulta una fecha crucial, en la que todavía se producen ciertos conflictos, por la confluencia de usos, costumbres e instituciones de variado origen histórico.

Aparecían en la organización política, administrativa y educativa nuevas corrientes, subordinadas al modelo francés que en ese momento imperaba, no solamente en el Perú, sino también en otras partes de la antiguamente denominada América hispánica. Y justamente por esos años, en la década de 1850, se puede documentar en algunos artículos de la *Revue des Deux Mondes*, publicada en París, el uso primigenio del término América Latina; con lo cual se rescataba una herencia común que nos vinculaba con España y Portugal, las «madres patrias» tradicionales de la época colonial, e igualmente con Francia y con Italia, que eran naciones –grandes forjadoras de cultura– que habían estado dentro de la órbita de la civilización romana.⁴

La *Guía del viajero en Lima* (rotulada de manera formal en la portada como *Guía histórico-descriptiva, administrativa, judicial y de domicilio de Lima*) era originalmente un volumen de pequeño formato, de 358 páginas. Fue impreso en los talleres de Arbieu, en Poissy, Francia, por cuenta del librero Felipe Bailly, propietario de la Librería Central en la Plaza Mayor de Lima. Se compone de seis partes, las cuales tratan de diferentes aspectos, establecimientos, fábricas, usos, costumbres, precios, profesionales y artesanos de nuestra capital. Con todo acierto, Manuel Atanasio Fuentes declara en el prólogo que su intención al componer esta *Guía* era doble: debía servir de orientación no solo a aquellos que, procedentes de lugares distantes, venían a avecindarse en Lima (lo cual sucedía por entonces con bastante frecuencia), sino también constituir una suerte de *vademécum* para los propios pobladores de la ciudad, pues no todos tenían acceso a esa información tan minuciosa

⁴ Cf. Miguel Rojas Mix, *Los cien nombres de América; eso que descubrió Colón* (Barcelona: Lumen, 1991), p. 343-356.

sobre establecimientos comerciales o locales donde podían hacerse consultas y arreglos de variada especie. Se podría inclusive decir, salvando las distancias, que la cuarta parte o «Guía de domicilios y establecimientos» equivale a las *páginas amarillas* de nuestras guías telefónicas de hoy.

Estamos hablando, evidentemente, de una ciudad pequeña que se mueve dentro del ámbito circunscrito a las murallas coloniales. Lima seguía siendo entonces una ciudad amurallada, en la que permanecen las obras de fortificación erigidas por el virrey Duque de la Palata en los años 1680, con el propósito de resguardar a la capital de eventuales ataques de piratas ingleses, holandeses y franceses.⁵ La manera más usual de división al interior de ese recinto mediante la pertenencia a una u otra parroquia, las cuales eran cinco: el Sagrario, San Marcelo, San Sebastián, Santa Ana y San Lázaro.

El ámbito de la encopetada parroquia del Sagrario de la Catedral incluía todas las manzanas circundantes a la Plaza Mayor, la parte más rica de la ciudad, donde estaban las grandes tiendas comerciales y las casonas solariegas. Luego estaba la iglesia parroquial de San Marcelo, que aún se halla en pie en el jirón Cuzco y cuyo ámbito más o menos comprendía desde allí hasta los bordes de la muralla, en la zona de la avenida Grau y el paseo Colón de nuestros días. En el extremo occidental de la ciudad estaba la parroquia de San Sebastián, cuya jurisdicción se extendía entre la avenida Tacna y el camino que conducía al Callao. Una cuarta parroquia en el recinto amurallado de Lima era la de Santa Ana, que comprendía básicamente todo lo que eran los Barrios Altos, la parte más elevada, aquella que se aproximaba a las estribaciones andinas, e inclusive el Cercado o barrio donde moraban los indios (los que venían a rendir tributo a los encomenderos y prestaban servicio doméstico a los vecinos principales). La quinta y última parroquia quedaba cruzando el puente del Rímac, en la parte baja de la ciudad, como escribe Fuentes; era la iglesia de San Lázaro, en medio del arrabal del mismo nombre. Un solo puente, el puente de piedra situado tras el Palacio de Gobierno, comunicaba una ribera con la otra.

⁵ Cf. Guillermo Lohmann Villena, «El apogeo del virreinato peruano», en *Historia General de España y América* (Madrid: Ediciones Rialp, 1984), t. IX/2, p. 376-378.

Y estamos hablando de una ciudad bastante pequeña también en términos demográficos. La situación exacta es la que anota Fuentes (p. 11) basándose en datos censales del año 1859, con cifras que son bastante fáciles de retener. Apunta que Lima tenía entonces 100 341 habitantes, de los cuales 23 714 eran naturales de Lima; es decir, una porción relativamente pequeña de 23,63 por ciento. Menos de la cuarta parte de los avecindados en la capital eran limeños, mientras que 37 030 personas (o sea 36,9 por ciento) eran oriundas de otras ciudades y pueblos de la República; hecho que denota que ya entonces había una fuerte migración del campo a la ciudad, con gente que venía en busca de mejores oportunidades económicas. Con este mismo objetivo se establecían hombres y mujeres provenientes del extranjero: había entonces 39 597 personas (39,46 por ciento) naturales de otros países que estaban afincadas en la capital.

Eran básicamente inmigrantes de procedencia europea, ya sea alemanes, franceses, italianos, ingleses, españoles o de otras nacionalidades, que habían venido al amparo de una serie de disposiciones de fomento dadas por los gobiernos republicanos del Perú. Y es que luego de proclamada la independencia, se buscó la manera de desarrollar una incipiente tecnologización e industrialización, así como renovar la savia del espíritu y de la raza, según manifestaban los teóricos de entonces. Se pensaba de hecho que tales inmigrantes europeos vinieran con un *know how* práctico, con un conocimiento de técnicas y herramientas que ayudaran a mejorar la economía local y que sirvieran de motor, de punta de lanza, en la modernización de la sociedad peruana.⁶

Avanzando en el texto, tenemos que la *Guía del viajero* brinda una minuciosa descripción de los numerosos templos y establecimientos religiosos que se hallaban en la capital. Manuel Atanasio Fuentes destaca ciertamente

6 He tratado al respecto en mi artículo «Una dinámica de integración social: inmigrantes europeos y norteamericanos en Lima (siglo XIX)», en *Ibero-Amerikanisches Archiv, Neue Folge*, 17 (Berlin, 1991), p. 343-372. Remitiré también al libro de Paul Gootenberg, *Imagining development. Economic ideas in Peru's «fictitious prosperity» of guano, 1840-1880* (Berkeley: University of California Press, 1993), ix, 243 p.

la primorosa factura de las fachadas barrocas de iglesias construidas en la cercanía de la Plaza Mayor por las principales congregaciones durante la temprana época colonial. Son fachadas que todavía podemos felizmente admirar, como la de Nuestra Señora de la Merced, de San Agustín, de Santo Domingo y de San Francisco. Asimismo, se refiere a la iglesia de San Pedro, que entonces no ocupaban los jesuitas (por estar aún vigente la expulsión decretada por el rey Carlos III en 1767), sino la congregación de San Felipe Neri.

Luego viene un acápite de descripción administrativa, dedicado a las instituciones del Estado, las diferentes oficinas o ramos de la burocracia y los ministerios, los cuales estaban alojados en Palacio de Gobierno. Era por cierto el viejo palacio heredado del tiempo de los virreyes, que ocupaba la misma manzana donde hoy están la residencia privada y las oficinas del Presidente de la República y de sus asesores inmediatos. Había únicamente cinco ministerios, que eran los de Gobierno, de Relaciones Exteriores, de Guerra y Marina, de Hacienda y de Justicia, de Instrucción Pública y Beneficencia.

Pero más importante que ello, como elemento demostrativo de la modernidad que paulatinamente empezaba a instalarse en la administración pública, es pasar revista a las direcciones generales o vice-ministerios que daban su verdadera estructura a la burocracia, pues de ellas surgirán luego los ministerios tal como lo hemos conocido a lo largo del siglo XX. Existían los vice-ministerios de Gobierno, de Culto, de Obras Públicas (o fomento), de Gendarmería (o policía), de Guerra, de Marina, de Hacienda, de Comercio, de Justicia, de Instrucción Pública (o educación), de Beneficencia, y dos específicos de Relaciones Exteriores: uno para las relaciones continentales, es decir americanas, y otro para ultramar, básicamente de relaciones con Europa. Bajo esta dinámica y organización tenía lugar el manejo de los negocios públicos.

También se refiere Fuentes a una serie de problemas tocantes a la circulación monetaria en la época, debido a la irrupción de moneda feble de origen boliviano, que circulaba fácilmente en nuestro territorio nacional. «La

exportación de las barras para el extranjero y otras varias causas cuya relación es ajena de esta obra —escribe— han hecho desaparecer del país toda clase de buena moneda, no girando en la plaza sino la boliviana, de perverso tipo y de peor ley...» (p. 54-55).⁷ Entre los rezagos propios de la época virreinal hay que anotar, por cierto, la unidad monetaria: seguían en vigencia los pesos de a ocho reales, los famosos patacones emitidos con la plata del cerro rico de Potosí, los mismos que habían dado la vuelta al mundo con el nombre de *dólar español*.

Otro elemento heredado del tiempo de la dominación hispánica era el Tribunal del Consulado, cuyo funcionamiento tiene que ver con esa típica multiforalidad o coincidencia de diversos ámbitos judiciales que se daba en la España del antiguo régimen y, por tanto, también en sus dominios americanos. Si uno era, por ejemplo, miembro de la comunidad universitaria y cometía un delito, no era juzgado ante un tribunal civil general, sino ante los jueces propios de su fuero, que era el fuero escolástico. Si uno estaba vinculado al Tribunal de la Inquisición, no siendo necesariamente clérigo pero sí familiar o representante del Santo Oficio en provincias lejanas, y cometía alguna falta, estaba amparado de igual modo en el fuero inquisitorial. Y si uno era comerciante y estaba registrado en el Tribunal del Consulado, que era la agremiación oficial de mercaderes, tenía la potestad de acogerse al fuero consular. Esto aún existía plenamente a las alturas de 1860, no obstante que el Consulado de Lima se había inaugurado en fecha tan temprana como 1613, por disposición del virrey Marqués de Montesclaros.⁸ La parte referente de la *Guía de Fuentes* es clara y anota al respecto:

7 *La moneda feble boliviana, batida durante la administración presidencial de don José María Linares (1857-1861, y ya antes), poseía 270 granos de peso y 666 milésimos de ley. Cf. Humberto Vázquez Machicado, Glosas sobre la historia económica de Bolivia. El hacendista don Miguel María de Aguirre, 1798-1873, 2da ed. (La Paz: Editorial Don Bosco, 1991), p. 325.*

8 *Comp. María Encarnación Rodríguez Vicente, El Tribunal del Consulado de Lima en la primera mitad del siglo XVII (Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1960), p. 26-38, y Pilar Latasa Vassallo, Administración virreinal en el Perú. Gobierno del Marqués de Montesclaros, 1607-1615 (Madrid: Centro de Estudios Ramón Areces, 1997), p. 507-513.*

El tribunal está situado en la calle de Mercaderes, n.º 19. Consta de un prior y dos cónsules nombrados por elección de los comerciantes. Conoce en las cuestiones contenciosas que se promueven entre o contra los comerciantes matriculados, que son los únicos que gozan del fuero de comercio. Proceden como jueces de paz en los juicios verbales, es decir, aquellos que no pasan de 300 pesos, y como jueces de primera instancia en los juicios escritos de menor o mayor cuantía (p. 77).

Igualmente, en la primera parte de dicha obra, el autor hace referencia a las instituciones y a la organización de la educación pública, denunciando el estado de mediocridad y decaimiento en que se hallaba sumida la Universidad de San Marcos de Lima. No en vano, por supuesto, el presidente Ramón Castilla (gobernante constitucional del Perú en aquel año 1860) había implementado una serie de cambios en el régimen educativo. A través de un nuevo reglamento de Instrucción Pública promulgado en 1855, había creado el sistema de la educación media o secundaria, alterando y fracturando el esquema usual desde tiempos muy antiguos, pues se introducía un nivel intermedio entre la formación elemental, de «primeras letras», que se impartía en las escuelas elementales, y la educación profesional y científica de la Universidad (adonde previamente, como sabemos, debido a la falta del nivel secundario, se ingresaba en edad adolescente).

Esto me lleva a tratar un aspecto de la realidad social del siglo XIX para mí muy importante, y el cual quisiera investigar todavía con más profundidad. Se trata del novedoso régimen de los colegios nacionales, dentro de una dinámica de tecnificación educativa y por el cual se creaba un solo colegio –por cuenta del Estado– en cada uno de los departamentos del país, de manera que se pudiera garantizar al mayor número de alumnos una instrucción de cinco años de nivel secundario. Así es como surgirán establecimientos de limpia y feliz memoria: el colegio nacional de San Ramón de Cajamarca, el colegio nacional de San Miguel de Piura, el colegio nacional de Santa Isabel de Huancayo, el colegio nacional de la Independencia Americana de Arequipa, el colegio nacional de Ciencias del Cuzco, el colegio nacional de San Carlos de Puno, etc. Y el colegio nacional perteneciente al departamento de Lima era, pues, el de Nuestra Señora de Guadalupe.

La centenaria Universidad de San Marcos, ya hemos dicho, había caído en una situación de zozobra, de menoscabo en su importancia y fama, razón por la que se permitió que dos Escuelas superiores—la de Medicina y la de Derecho—pudieran alternativamente otorgar grados académicos. Será interesante citar con detalle a Manuel Atanasio Fuentes, profesional del foro y sanmarquino de pura cepa, en este punto. «Poco a poco se ha introducido tal abuso—dice—que las funciones universitarias han tocado en lo ridículo; las lecciones para los grados se estudian con anticipación, la argumentación es una farsa, y los grados doctorales se confieren muchas veces sin actuación alguna. Tal es, entre otras causas, la del desprestigio de un cuerpo que en otros tiempos brilló por el saber e instrucción verdadera de la mayor parte de sus miembros» (p. 97). Anota también: «Hace algunos años que no se da ninguna clase de lecciones en la Universidad, y el título de catedrático en ella no es sino honorífico» (p. 96).

Vemos, pues, que la *Guía del viajero en Lima* no se limita a brindar una relación digamos fría u objetiva de las instituciones, comerciantes, profesionales y artesanos existentes en la capital, sino contiene valiosos comentarios y juicios críticos—y a la vez constructivos—de su autor. En otras páginas se denuncia, por ejemplo, la pobreza de las colecciones y el ordenamiento del Museo Nacional, donde estaban reunidas «antigüedades y objetos de historia natural»; por entonces se hallaba en unos salones fronterizos a la Biblioteca Nacional de Lima, en la calle Estudios, es decir, a un costado de la iglesia de San Pedro.

Nuestra obra se refiere también a una serie de innovaciones que experimentaba entonces la vida urbana limeña. Una de ellas era el edificio de la Penitenciaría (conocido vulgarmente como el Panóptico), que estaba levantándose junto a las murallas virreinales de acuerdo con modelos norteamericanos que habían inspirado a don Mariano Felipe Paz Soldán, el historiador, geógrafo y jurista que había sido enviado por el gobierno de Echenique, en 1853, para instruirse sobre la traza y funcionamiento de las penitenciarías en los Estados Unidos. Es de indicar que el Panóptico se mantuvo en pie durante todo un siglo, hasta ser derruido en los años 1960 para dar paso al moderno Centro Cívico de Lima.⁹

Otra obra nueva a la sazón era el Mercado Central, que acababa de inaugurarse en terrenos que habían pertenecido al monasterio de la Concepción. Entre las novedades, menciona Fuentes, asimismo, el eficiente alumbrado a gas, que garantizaba la iluminación tanto en las calles de la ciudad como en las propias casas y constituía una verdadera revolución con respecto a la iluminación a vela que se había acostumbrado usar durante las centurias anteriores. De ahí proviene una palabra típicamente limeña, que alude al nuevo oficio del «gas fitter», es decir el *gasfitero* (y todavía lo utilizamos incorrectamente, en lugar de fontanero o plomero); era pues el hombre que venía a instalar el gas y la luz en los hogares. Además, la *Guía del viajero* se refiere a una importante novedad higiénica que era la canalización subterránea del desagüe: un instrumento sanitario que rompía el panorama de las calles limeñas, las cuales hasta mediados del siglo XIX contaban con unas acequias o canales abiertos por donde circulaban las aguas servidas. Y así podemos, con cierta aprehensión, imaginar lo que serían los olores y los colores de la ciudad en aquel entonces.

No dejaremos de citar un invento trascendental que celebra Manuel Atanasio Fuentes en la era de las máquinas a vapor: se trata del ferrocarril. Como es sabido, los primeros ferrocarriles que existieron en América del Sur fueron entero privilegio de nuestro país, el Perú, ya que aquí se inauguraron las vías férreas en 1851. El más antiguo fue el ferrocarril de Lima al Callao, que recorría un viejo camino de carretas, a lo largo de lo que hoy sería básicamente la avenida Colonial; y luego se puso en marcha otro ferrocarril que unía Lima con el pueblo o balneario de Chorrillos, siguiendo el trayecto correspondiente al moderno Paseo de la República.¹⁰ Estas eran, en consecuencia, las grandes novedades tecnológicas del momento.

Por otra parte, nuestro autor enfoca con detalle los diferentes tipos de comerciantes y la identidad de los hombres que ejercían negocio mercantil

⁹ Puedo remitir a Carlos Aguirre, «La Penitenciaría de Lima y la modernización de la justicia penal en el siglo XIX», en *Mundos interiores; Lima, 1850-1950*, eds. Aldo Panfichi y Felipe Portocarrero (Lima: Universidad del Pacífico, Centro de Investigación, 1995), p. 343-372.

¹⁰ Alberto Regal, *Castilla constructor. Las obras de ingeniería de Castilla* (Lima: Instituto Libertador Ramón Castilla, 1967), p. 41-51 y 56-61.

en la capital. Los caracteriza esencialmente en tres categorías: almaceneros, tenderos y mercachifles. Los almaceneros, como su nombre lo indica, eran vendedores al por mayor que tenían almacén, donde guardaban y comerciaban grandes cantidades de géneros, en su mayoría mercancías importadas de Francia e Inglaterra. Los tenderos eran los que poseían una tienda de expendio de mercancías y ejercían el comercio al por menor. Y los mercachifles, que siempre los hubo, eran los vendedores ambulantes o esos modestos «cajoneros de ribera», que desarrollaban el mercadeo en pequeñas covachuelas ubicadas en la Plaza Mayor de Lima, en el atrio de la Catedral y en los bajos del Palacio de Gobierno; su trajín era realmente al menudeo.

Quisiera abundar en los conceptos que hace un rato vertía don Estuardo Núñez sobre la identidad de aquellos comerciantes diversos, que en gran medida provenían de naciones europeas y eran unos «recién llegados», vale decir, un nuevo segmento en la colectividad limeña y peruana. Podemos observar que, según las diferentes profesiones u oficios, varía el nivel de presencia de estos pobladores inmigrantes; pero a la luz de la propia documentación recogida por Fuentes se percibe un caso muy curioso en el gremio de los sastres. Casi todos los sastres recomendados por la *Guía del viajero en Lima* venían directamente de Europa, y me permitiré citar a manera de ejemplo la nómina que el libro presenta. Dice así, en un listado que deja percibir los nuevos apellidos de gente extranjera:

Hay 193 tiendas de sastrería y 1.742 sastres entre maestros y oficiales. Las tiendas principales son las de: Santiago Huby, Portal de Escribanos; Hipólito Prugue, calle de Mercaderes; Simón Schweritz, calle de Espaderos; N. Rosak, esquina de Lescano y Merced; Juan Cheesman, calle de Mercaderes; Guillermo Arthes, calle de la Merced; R. Falquette, calle de Espaderos; N. Bals, calle de Espaderos; N. Vinatier, calle de Espaderos; Cortázar y Garay, calle de Bodegones; N. Aransolo, calle de Bodegones; y Juan Guevara, esquina de Espaderos y Plateros (p. 214-215).

Un ámbito del pasado histórico que a mí me interesa mucho, y creo que interesa en general a todos los investigadores modernos, es una suerte de

historia innominada, en la que no participan los grandes personajes de la política y la sociedad, sino se atiende a la reconstrucción de la vida cotidiana, de los sentimientos íntimos, de las actitudes, de las mentalidades, de las costumbres, de los gustos, de las modas, de las comidas, de los sabores, etc. Para todo esto resulta muy importante el trabajo de Fuentes, pues nos brinda una aproximación de primera mano a lo que era la vida simple, día a día, en la ciudad de Lima en ese entonces.

Podemos mencionar en este contexto la herencia colonial o hispánica que se percibe en el nivel de los horarios, tanto de vida como de trabajo. Imperaba una organización del régimen laboral bastante peculiar, con horas corridas hacia el segmento final de la mañana. Al hablar de las diferentes oficinas públicas, la *Guía* señala repetidamente que se empezaba a atender desde las 10 u 11 de la mañana, horario que al parecer valía también para los comerciantes, artesanos y profesionales liberales. No obstante que se comenzaba con tanto retraso, la sesión laboral se detenía alrededor de las 3 ó 4 de la tarde. No existía nada parecido a la jornada partida, sino que la sesión culminaba simplemente con un almuerzo tardío.

Por lo tanto, cabe decir que regían los horarios típicos de Castilla, pues se desayunaba casi a media mañana, se almorzaba a mitad de la tarde y se cenaba ya avanzada la noche, y con abundancia de platos. Todo esto se puede referir mejor con una cita textual, que concierne a los principales hoteles para turistas en Lima a mediados del siglo XIX. El albergue más renombrado, o el más caro en todo caso, era el hotel Morin, propiedad de un francés apellidado Courrejolles, que estaba ubicado sobre la Plaza Mayor, en el Portal de Escribanos; y la descripción que hace Fuentes para los eventuales visitantes es la siguiente: «...hay 46 habitaciones, cuyo precio varía de tres a diez pesos diarios; mesa redonda a las nueve y media de la mañana y a las cuatro de la tarde. El abono mensual a la comida es de 45 pesos; el servicio es a la francesa; se habla español, francés e inglés. Hay en la parte baja de la misma casa un café con mesas de billar y un establecimiento de baños tibios» (p. 230-231).

Al hilo de los hoteles y albergues, se hace una descripción de las principales fondas o restaurantes, sitios públicos a donde se podía ir a comer. Fuentes

recomienda especialmente la fonda de Pellisier –otro francés– en el callejón de Petateros, y describe el número de platos que se servían por la tarde y en la noche, en los horarios de almuerzo y de cena. Repito literalmente: «...el almuerzo y la comida tienen el precio invariable de 6 reales el primero y un peso [o sea 8 reales] la segunda, sin contar el vino, que se paga por separado. No hay tampoco en esa casa lista ni elección de platos. Se dan para el almuerzo cinco guisos diversos, té o café, mantequilla y pan a discreción; en la comida, sopa, seis platos variados, un postre, fruta y pan a discreción» (p. 226).

Hay muchos otros elementos, minuciosos y simpáticos, que nos dan una idea de lo que era la vida cotidiana de Lima, cómo se alimentaban, cómo trabajaban, cómo se divertían y cómo satisfacían sus necesidades básicas aquellos cien mil habitantes que poblaban la metrópoli limeña. Manuel Atanasio Fuentes no se exime de criticar algunas costumbres que le parecen bárbaras, reprobables, tales como los juegos de Carnaval: «Se diría, y con razón, que en esos tres funestos días pierden el juicio las dos terceras partes de los habitantes de Lima, y que la otra tercera es la víctima de aquella locura» (p. 266). También denuncia la superstición que rodeaba las ceremonias de entierro de niños, basada en la creencia de que al dar sepultura a un párvulo se iba un ángel al Cielo, y al buen liberal y masón que era nuestro autor –embebido de la ideología europea– le parecía necesario desterrar aquellos pensamientos.

Quisiera, además, evocar las costumbres de vida hogareña en un aspecto tan simple pero necesario como el lavado de ropa. Viajero, al fin, quien consultaba el libro que reseñamos buscaría enterarse sobre qué hacer para limpiar sus trajes y prendas íntimas. Aquí responde Fuentes con una caracterización del defectuoso servicio que prestaban las mujeres lavanderas de Lima:

Las lavanderas que no tienen establecimiento recogen y entregan la ropa en las casas de las personas que las ocupan; la entrega es regularmente quince días después de haber recibido las especies; hay muchas excesivamente morosas, otras que usan y hacen usar por sus maridos y parientes la ropa que se les da a lavar; otras que pierden o se quedan con algunas especies, y

algunas que cambian de domicilio sin que se pueda dar con ellas. El servicio de las lavanderas, como el de todos los sirvientes en general, no puede ser en ninguna parte peor que en Lima (p. 209-210).

El panorama citadino demuestra, en general, el paulatino reemplazo de las costumbres, las instituciones, la mentalidad heredada del Virreinato, por esa nueva moda, esos nuevos usos a la francesa, que empiezan a imponerse justamente de la mano del *boom* de la explotación guanera. Así es que Fuentes comenta el vestido de las mujeres limeñas, celebrando cómo se iban reemplazando los atuendos tradicionales —aquellos que todavía representan las acuarelas de Pancho Fierro— con que las limeñas se vestían (o, mejor dicho, se tapaban) para salir a la calle. La frase correspondiente es la que sigue: «Al fin perdió su imperio la saya; al fin desapareció el cucurucho llamado manto, que apenas dejaba ver entre sus pliegues un ojo picaruelo o un torneado brazo considerado por su dueño como digno de ser lucido, y la moda francesa adornada de gorras, de plumajes, flores, cintas y encajes, vino a prestar mayor realce a la belleza limeña» (p. 246).

Aquello también nos da oportunidad de recordar la sabrosa tradición de Ricardo Palma sobre *El baile de La Victoria*, que rememora la célebre fiesta ofrecida por el presidente Rufino Echenique en 1853, donde se percibía ya ese desapego, esa curiosa diferenciación entre dos aristocracias: la nobleza antigua de las damas que se presentaron ataviadas con alhajas de plata, pues era el metal precioso típico y heredado del Virreinato, y la nueva burguesía o nuevo grupo social emergente de los consignatarios del guano y grandes comerciantes, cuyas damas se presentaron adornadas con joyas de oro, símbolo de su reciente riqueza.¹¹

Yá casi para terminar, señalaremos algo respecto a la comida vernácula, también llamada criolla: me refiero a los platos típicos que se consumían en el medio urbano de Lima, muchas veces con ingredientes propios de la serranía

¹¹ El punto ha sido convenientemente tratado por Luis Eduardo Wuffarden, «Platería republicana y contemporánea», en *Plata y plateros del Perú*, eds. José Torres della Pina y Victoria Mujica (Lima: Patronato Plata del Perú, 1997), p. 312-313.

andina. Aquí observamos desde luego la impronta del mestizaje, que no solo es biológico, sino también cultural. En este aspecto culinario, Fuentes pretende tomar distancia respecto a las costumbres de su tierra y, plegándose quizá al gusto europeo, llama la atención de sus potenciales lectores sobre el sabor extremadamente picante, de veras mortificante, de la comida típica limeña. Se refiere desde luego a los platos que se guisaban en las picanterías, donde se acompañaban con la tradicional «chicha de jora». La *Guía del viajero* apunta en esta materia:

Las comidas eminentemente nacionales son los picantes, que con tanto placer saborea la plebe, sin que su consumo se limite al círculo de ésta. Los picantes son más bien venenos que alimentos, por la grande cantidad de ají que en ellos entra. Para los aficionados es más sabroso aquel guiso que más los mortifica al tiempo de comer, y hay persona a quien la acción cáustica del ají arranca lágrimas y que, sin embargo, suena la lengua en señal de placer. Es preciso confesar que un placer que se goza rabiando, es un maldito placer. Los picantes se hacen de carne, pescado, charqui, papas etc.; pero el picante más picante, el que más lágrimas arranca (después de los celos) es el *seviche*. Consiste en pedazos menudos de pescado o en camarones que se echan en zumo de naranjas agrias, con mucho ají y sal; se conservan así por algunas horas hasta que el pescado se impregna de ají y casi se cocina por la acción cáustica de éste y del agrio de la naranja. El que ha pasado por el gusto de comer *seviche*, tiene que experimentar después el de permanecer algunos ratos con la boca abierta y el de sufrir cuando menos una irritación intestinal (p. 264).

En fin, un punto adicional que no quisiera pasar por alto –debido a mis propias inclinaciones al trabajo periodístico– es el de los medios de información. Y quiero tratar concretamente sobre el órgano decano de la prensa nacional, el respetable diario *El Comercio* de Lima, que para entonces era un periódico ya muy importante y que en sus poco más de veinte años de existencia había prácticamente barrido con todos los demás órganos informativos que había en la capital. Un punto bastante interesante que remarca Fuentes es que los entonces propietarios de *El Comercio*, los fundadores del periódico, don Manuel Amunátegui y don Alejandro Villota, habían

instalado la primera fábrica de papel en el Perú, hacia el año 1847, en una finca situada al costado derecho de la portada de Guía.¹² Hecho que nos da una idea de las dificultades que hasta esa fecha se habían pasado para el trabajo editorial en nuestro país, ya que desde las épocas primigenias del III Concilio limense y del tipógrafo piamontés Antonio Ricardo, en los años 1580, se habían publicado libros, folletos y periódicos empleando sólo insumos importados, como papel, tinta y la propia maquinaria.

Era por lo tanto una gran novedad que un diario como *El Comercio* saliera por más de veinte años con regularidad, lleno de noticias importantes y comentarios de actualidad, y además con papel netamente peruano. Sobre las cualidades de este órgano informativo, se explaya Manuel Atanasio Fuentes en unas frases notables:

Desde el establecimiento de *El Comercio*, que cuenta la respetable antigüedad de 21 años, han aparecido y desaparecido, casi en su cuna, otros muchos periódicos. *El Comercio* llena todas las necesidades de Lima; registra el movimiento mercantil de la población, inserta toda clase de anuncios, da noticias del extranjero, franquea sus columnas a los escritores políticos y, sobre todo, tiene una florida y variada sección de asuntos personales. Además, es el campo donde alcanzan sus primeras glorias todos los escritores noveles; prosa o verso, o cosas que no sean ni verso ni prosa, todo encuentra cabida en ese periódico, que es ya un libro que encierra la historia política, militar, literaria, etc. de casi todo el Perú y los misterios de muchas vidas privadas (p. 275).

Lo mismo se podría manifestar hoy, me parece, alargando desde luego el término de 21 años a más de un siglo y medio, durante el cual este periódico felizmente se ha mantenido al alcance del público lector de la capital. Y así como *El Comercio*, existen otras muchas instituciones, costumbres, tradiciones, que a pesar del tiempo conservan su vigencia y forman parte inextirpable de la historia de nuestra Ciudad de los Reyes. El rescate de

¹² Héctor López Martínez, *Los 150 años de «El Comercio»* (Lima: Emp. Editora El Comercio, 1989), p. 70-73.

dicho patrimonio y el cariño a las tradiciones y valores limeños son aspectos destacables que surgen de este nuevo trabajo de César Coloma Porcari, que contribuye una vez más a la solidificación de nuestra identidad, primero capitalina y, por extensión, nacional.